

sobre México y dos veces le fué negada, fatigando en vano la atención del Senado con las quejas que continuamente fingía tener de México su Gobierno, por los atropellos y daños de que se suponía que eran víctimas sus nacionales, llegando hasta á mentir cuando aseguró que en Tacubaya, el día 11 de Abril de 1859, habían sido fusilados tres médicos norteamericanos. El Senado se desatendió de todas esas quejas, falsedades y lamentos, y negó abiertamente la autorización pedida; hizo más, rechazó el tratado Mc. Lane, que ofrecía indiscutibles ventajas á los Estados Unidos, regalándoles Tehuantepec, abriéndoles la frontera, facilitándoles el comercio sin trabas y proporcionándoles otros beneficios, todos ellos por un problemático platillo de lentejas, de que tenía necesidad el hambriento Esaú zapoteco y que solo había servido para calmar un instante su voracidad.

El libro de Bulnes trae copia de los documentos por los cuales Juárez autorizó á su agente Mata para que ratificase el tratado; vese en ellos la ansiedad que el hombre sentía por las moratorias que el negocio padecía; su afán por terminarlo á troche y moche; y en fin la mistificación, por no llamarla mentira, que empleó para hacer creer que su consentimiento era lo único que se necesitaba para la ratificación del pacto, cuando en el documento que lleva la fecha 15 de Mayo de 1860, desvergonzadamente asienta que, "en uso de las facultades de que se hallaba investido, facultaba á Mata para que ratificase el tratado." ¿Cuáles eran esas facultades y quién se las había dado, cuando ni siquiera había en México gobierno constitucional, ni él, Juárez, era Presidente de la República?

Dice Bulnes que D. Alejandro Villaseñor, historiógrafo conservador, calificó el tratado de una manera dura y amarga; pero no dice que tal calificación fué inexacta, y Bulnes mismo; el incisivo Bulnes á su vez, sin emplear las mismas palabras de aquel, las subetiene, agregando, que por el tratado Mc. Lane-Ocampo, "México quedaba sin soberanía, sin honor y sin piltrafa de vergüenza."

Llama la atención que después que el Senado de Washington reprobó el tratado, los hombres de Veracruz no hubiesen parado mientes en la enormidad del atentado que se les impidió cometer, sino que antes bien se dieron á lamentar que su

obra en vez de hacer fortuna solo recibieron un puntapié. Verdaderamente debieron estar obsecados, ya que en vez de arrepentirse de su obra, culparon del fracaso á los reaccionarios. A honra tendrían estos ser los solos culpables; pero no fueron más que participantes, pues según afirma D. Matías Romero, habiendo ellos nombrado agente suyo en Washington al Barón Von Gerolt, Ministro de Prusia, que había vivido algún tiempo en México y conocía el país, este funcionario, acercándose á Seward, dióle acerca de los hombres del partido liberal tales informes, que hubo de conseguir que Seward en el Senado censurase enérgicamente la llamada administración constitucional, diciendo, como era verdad, que no podía llamarse gobierno constituido á la que no era en realidad más que una de las facciones que tenían á México revuelto, logrando con su influjo que el Senado diera entero crédito á sus palabras. Lloraron los hombres de la camarilla juarista su ineludible fracaso, deplorando que el espíritu de partido hubiera alcanzado en Washington impedir la desmembración del territorio nacional en México y la expansión de la esclavitud aqueude el Bravo, haciéndose partidarios del esclavismo los liberales en aquella malhadada época.

En su "Verdadero Juárez" encontró Bulnes malo por los cuatro costados el tratado de Miramar, celebrado por los Emperadores de México y de Francia; mas en su nuevo libro, "Juárez y las Revoluciones, etc.," compara aquel tratado con el Mc. Lane-Ocampo, y á fé que este en lo malo no le va á aquel en zaga.

Ambos, según el escritor liberal, pudieron tener por objeto teórico la restauración de la paz en México y el establecimiento sólido de un gobierno perdurable, pues en principio, agrega, no es creíble que Juárez ni Almonte hayan querido vender su patria al extranjero. Y bajo este supuesto ambos personajes creían que Buchanan y Napoleón III obraban también de buena fé y no pensaban en intentar nada que fuese contrario á la independencia ó á la integridad territorial de México al prestarle su respectiva nación un servicio puramente amistoso, en la confianza de que la riqueza nacional saldría garante de los gastos de pacificación, la cual podría en poco tiempo consumarse en modo firme y constante.

En tal hipótesis, agrega el mismo autor, la pacificación costaría á México, según el tratado de Miramar, \$114,800,000  *ciento catorce millones y ocho cientos mil pesos*, tomando en cuenta los empréstitos, la soldada del ejército francés y el pago de reclamaciones; y la misma obra de pacificación conforme al tratado Mc. Lane, calcula el mismo autor que costaría, teniendo en cuenta los respectivos desembolsos ya indicados, \$410,000,000  *cuatro cientos diez millones de pesos*, resultando de ese modo en favor del tratado de Miramar una diferencia de \$295,200,000  *doscientos noventa y cinco millones, doscientos mil pesos*.

Véanse ahora las diferencias de otro género. Haciendo los pagos conforme al tratado de Miramar, México seguía siendo nación independiente, libre, soberana y aun republicana, si así lo quería, puesto que, terminado el compromiso de los franceses, no tenían estos empeño decidido por sostener el imperio. Mas según el tratado Mc. Lane, aun cuando hubiese México pagado hasta el último centavo, no quedaba libre, soberano é independiente, sino con una semisoberanía por las servidumbres que contraía de paso y que después se convertirían en perpétuas y subsistentes.

Por el primero de esos tratados quedaba libre el comercio de México, mas no por el segundo, porque los Estados Unidos podían, sin pagar derechos, introducir cuantas mercancías quisieran. Por aquel, el ejército sería franco-mexicano; por este, cualquier jefe yankee podía arrogarse el mando absoluto del ejército; por aquel la nación se gobernaría á sí misma; por este, cualquier yankee podía gobernarla, con tal que respetase el título de Presidente en Juárez.

Napoleón ambicionaba la adquisición de Sonora; Buchanan quería, á demás de Sonora, Chihuahua, Sinaloa y la Baja California; prácticamente y aún sin estipular la venta de esos Estados, Buchanan ó su sucesor se habrían apoderado de ellos si el Senado de Washington hubiese ratificado el tratado Mc-Lane; mas, prácticamente y á pesar de haber estado en vigor el tratado de Miramar, no se adueñó el Gobierno francés de Sonora ni de más tierra mexicana que la que llevaron adherida á la raíz los millares de magueyes que sus súbditos transportaron á Ar-

gelia para hacernos competencia con el *pulque*, que produjese y los cuales magueyes se secaron.

Prácticamente, con el tratado Miramar, se habría pacificado el país; con el Mc-Lane la guerra hubiera sido espantosa, porque Buchanan no habría encontrado, como Napoleón, amigos y auxiliares entre los mexicanos, como no fuera Lerdo de Tejada, con algunos rojos de su aparcería y el ínclito Juárez con su honrosísimo título de Presidente á pertuñidad; hubiéramos vencido los yankees, siendo muchos y fuertes, y no se habrían contentado con adquirir los cuatro Estados referidos, sino que les habrían agregado los de Coahuila, Nuevo León, parte de los de Tamaulipas, Durango y Zacatecas, y además, el istmo de Tehuantepec, dando por resultado que á la postre se perdiesen también Tabasco, Chiapas, Yucatán y Campeche; es decir, que nos habría quedado reducido nuestro territorio á menos de la mitad.....y nuestro buen Juárez se habría marchado á los Estados Unidos á disfrutar una honrosa pensoncita, ni más ni menos como la que actualmente disfrutan allá la ex-reina de Hawaii, ó Lili-no-ka-kalain, ó Aguinaldo, si por dicha hubiera tenido tiempo para marcharse; que si no, su tumba quedaria olvidada como la del último rey de los godos.

Razón de sobra tiene el formidable Bulnes para afirmar, como afirma, que con ese mal urdido tratado Mc-Lane, no le habría quedado á México ni una piltrafa de vergüenza.

Pero sigamos adelante:

En 1860 emprendió Miramón contra Veracruz un segundo sitio, comprando, para asegurar el éxito, dos pequeños buques en la Habana. Juárez, á pesar de que la plaza estaba mejor fortificada que la vez primera; á pesar de que podía disponer de mayor número de tropas, de mejores elementos y del influjo moral de la escuadrilla yankee, había recibido orden de no respetar el bloqueo del puerto que se estableciese, Juárez tuvo más miedo en esta vez que en la pasada, seguramente porque Degollado, á quien dieron algunos en llamar "el héroe de las derrotas," no tenía en esta vez ejércitos que conducir á la acostumbrada derrota; y entonces aprendió Juárez á dictar decretos "ad terrorem," ramo en el cual salió después muy aprovechado.

Comenzó por declarar piratas á los buques comprados por D. Tomás Marín; luego se refugió en Ulua; después se disgustó profundamente con el Cónsul norte-americano, retirándole el *exequatur* por haberse negado á tomar parte en el pastel que se amasaba é impedido que sus compañeros la tomaran; y arbitrándose arteramente recursos pudo disponer de cincuenta mil pesos para inclinar á Tumer, Comandante del "Saratoga," á singular hacia la Rada de Antón Lizardo y apresar allí los buques de Marín, que tranquilamente anclaban en aguas mexicanas, y aún permitió ir en la expedición á Don Ignacio de la Llave, Ministro suyo, quien no se portó valientemente, como afirma Guillermo Prieto, porque no hubo combate, ni fué gloria ni mucho menos la que alcanzó esa noche.

Juárez, en uso de las facultades que se había tomado, usurpó las funciones de juez de Almirantazgo declarando pirata á Marín y desdiciéndose pocos días después, cuando la artillería de los buques españoles le amenazó y entonces tan solo fué cuando cayó en cuenta de que no podía ser juez en causas pertenecientes al Almirantazgo, correspondiendo ese cargo al Juez de Distrito de Veracruz.

Juárez dejó que el honor nacional fuese pisoteado por extranjeros que, invadiendo el territorio nacional, derramaron la sangre mexicana llevándose una bandera nuestra como trofeo de sus victorias [?]; y, por último, si hubiera sido dable arrastrarle á un tribunal competente, habría salido condenado, como reo de delito atroz contra la patria, á una pena nada benigna. Y si se ha dicho que los que llamaron á los franceses fueron traidores por haber invocado su intervención en el país, ¿qué debemos decir del que trajo á los yankees y dió márgen á que hicieran lo mismo que aquellos hicieron, con solo la diferencia de que la invasión yankee duró más tiempo que la intervención francesa? Responda imparcialmente el que pueda.

Los conservadores, dice el intransigente Bulnes, cometieron un grave error político al negarse á aceptar las bases del convenio, celebrado en 1860 entre los beligerantes, acerca de que las elecciones se verificasen conforme á lo establecido en la Constitución; pues, agrega, esas elecciones habrían resultado en una gran mayoría de Diputados clericales, una minoría competente

de moderados y otra minoría insignificante de rojos, y clericales y moderados hubieran de ese modo arreglado la cosa pública á su gusto.

Problemático es por demás que tal hubiese sido el resultado. Desde luego el vulgo, viendo que los juaristas habían impuesto su modo de elección, creería que habían triunfado, y esto ya sería un mal precedente; en seguida los agentes juaristas habrían esparcido por todo el país, y cuando menos, habría habido tumultos y balazos en cada distrito electoral; elecciones dobles y muchos trastornos, de los cuales hubieran sacado provecho únicamente los juaristas; amén de otras causas que hubieran contribuido á hacer nulo ó ineficaz el triunfo de los conservadores en las elecciones, si llegaban á obtenerlo.

Una serie inesperada de victorias, en las cuales Juárez no tuvo parte alguna, le sacó de entre las murallas de Veracruz, donde nada hacía ya, y le trajo al Palacio Nacional, por el cual había suspirado tres años largos; solo quedaban algunas bandadas insignificantes de reaccionarios; pero en cambio en todo el país surgía en todo su esplendor el caciquismo. Rosas Landa corrió riesgo de que le fusilasen los oaxaqueños, porque estos no querían verse gobernados por un extraño; en Chihuahua el Gobernador Ochoa firmaba, sin facultades, concesiones ferroviarias; el Gobernador de Yucatán obtenía buenos productos de la trata de indios mayas que tenía establecida; el de Sonora expulsaba de sus dominios á los yankees enviados por el Poder Federal; en Guerrero el General Alvarez ejercía sin freno el cacicazgo, como nadie, y veía con agrado que Altamirano propagase la especie de que los liberales estaban ya cansados del Gobierno de Juárez; en Michoacán, Huerta sistemaba el despojo de iglesias y conventos; Ogazón hacía lo mismo en Jalisco; en Zacatecas el Gobernador Castro convertía los conventos en hoteles y regalaba iglesias á sus correligionarios; Vidaurri ejercía el absolutismo en toda la frontera; González Ortega, elevado por la fortuna hasta el pináculo, veía desdeñosamente á Juárez, alardeando un empeño inopinado de que á éste no le faltase su sueldo diario; en cambio Juárez se expresaba despectivamente de González Ortega, tratándole de *pendejo*, (sic); en Tepic hacía atrocidades Lozada, y en Sinaloa Vega autorizaba el contrabando á la alta escuela; los zacapoaxtlecas Méndez y Lúcas,

mandaban en la Sierra de Puebla, en tanto que Alatríste hacía en la capital del Estado ostentación de presentarse en público con ricas sortijas y cadenas de oro; Veracruz se había acostumbrado á ver á Juárez muy pequeño, y Doblado á considerarle como un objeto que se halla ó larguísima distancia del observador.

Y no obstante todo ese desbarajuste, Juárez, lejos de gobernar, solo se ocupaba en hacer política: dejó que en noventa días se dilapidasen sesenta millones de pesos provenientes de bienes eclesiásticos nacionalizados. Procesó á Degollado, no obstante los inmensos servicios que le debía, á pretexto de haber entrado en tratados con el enemigo; transó con Vidaurri; pretendió nulificar á González Ortega; trató con indiferencia despreciativa á Mc-Lane; y, por último, influyendo en que rojos y moderados recíprocamente se desacreditaran, solo procuró afirmar su poder dando de mano á la Constitución con las facultades extraordinarias que á cada paso pedía, justificando de este modo á Comonfort, quien con toda franqueza afirmó no ser posible gobernar teniendo por base aquella ley.

Este fué Juárez, desde que recibió el título de abogado hasta que las escuadras combinadas de Inglaterra, Francia y España se presentaron en Veracruz; jamás inició cosa alguna, ni fué reformador, ni algo que se le pareciese; dejó hacer á otros; esquivó las dificultades; huyó los peligros; fué ingrato; no dió las leyes de Reforma, sino antes bien á ellas se opuso; fué una tranca atravesada en el carro gubernamental, y con su presencia en Veracruz no hizo más que impedir que la anarquía existente tomara proporciones más desastrosas y que á la hora del triunfo de los caudillos liberales, unos á otros se batieran por ocupar cada cual la Presidencia; generalizando, diremos que, desde México hasta el Bravo, este también fué su único papel en la guerra de intervención. Después de esto concluye el intrépido Bulnes que si Juárez es la Patria, como por esas calles se ha gritado en las últimas manifestaciones, y trátase de seguir gritando cada año, declara que él no quiere ser patriota..... y eso mismo declaran todos los mexicanos sensatos, dejando esas frases para que á voz en cuello las pronuncie todo aquel que no sepa lo que es patria:

Antes de terminar esta narración es de grandísima importancia hacer que aquí consten para siempre dos verdades indiscutibles:—Primera; que no fueron los sacerdotes quienes provocaron la guerra de tres años, sino los liberales. Al golpe de Estado; que estos mismos dieron y sostuvieron, opusieron se algunos Estados; y la coalición hubiérase disuelto por sí misma si Juárez no hubiera ido á arrojarse en brazos de aquella, llevando por oriflama la carátula de la Constitución, ya que había hecho trizas todo el texto de ella, y eso por llevar algo; á más su obstinación por ser Presidente fué la que ensangrentó y prolongó aquella guerra.

En cuanto á la de intervención fué también provocada por el mismo Juárez, quien antes de ella y durante ella, intentó entregar el país á disposición de los yankees, azuzándoles á que tomasen parte en nuestras disensiones y dispuesto á venderles y aún regalarles la parte del territorio nacional que ellos quisieran; siendo esto tan cierto como que todavía después de la guerra les concedió estaciones carboneras en la bahía de la Paz, (Baja California), las cuales después no se les han podido quitar.

La segunda verdad es que todo lo que respecto de Juárez consignamos aquí, no es por odio á su persona, sino para que la posteridad no ignore que aquel no es digno de que se ensalce su memoria debiendo ésta quedar confundida entre las de todos aquellos hombres que tomaron participación en la política en la época funesta que comenzó en 1823 y que hace muy pocos años que terminó.

\* \* \*

En cuanto á la Comunidad de Guadalupe réstamos decir en este número, que los religiosos á ella pertenecientes que habían permanecido en México, tan luego como supieron el resultado de la batalla de Calpulalpan, dieron traza para dispersarse, abandonando el Colegio de San Fernando, del cual se apoderó en seguida un extranjero de apellido Limantour, y yendo cada cual á ocultarse donde mejor pudo mientras conseguían recursos para volverse al interior, á excepción de los P. P. Fr. Bernardino de Jesús Pérez, Fr. Francisco Luján y el Hermano Laico Fr. Salvador Carrillo, quien construyó una hermosa casa de ejercicios y una Capilla en Capula, (Tepotzotlán);

Arzobispado de México), en donde están sepultados los restos del P. Pérez y el Hno. Carrillo, ya expresados, volviendo solo á Guadalupe el P. Luján después de algunos años.

NUMERO 120.—LA EXPEDICION FRANCESA EN MÉXICO.

La causa principal que produjo la decadencia del segundo imperio francés, dice Bulle, (\*) fué sin duda alguna la política vacilante y por lo mismo desgraciada que observó Napoleón III en los asuntos de Alemania, que desde el otoño de 1863 ocuparon el primer término del desenvolvimiento histórico europeo. La inseguridad de que dió pruebas Napoleón en estas cuestiones, reconocía en el fondo por causa la divergencia que existía entre su fé en el triunfo, que en su opinión había de obtener el principio de las nacionalidades de Alemania como en otros pueblos, y la consideración que debía á la preocupación de los franceses, que miraban con malos ojos el movimiento de unidad nacional en Alemania. Esta inseguridad se aumentó todavía en gran manera por efecto de las dificultades inesperadas que Napoleón mismo se creó con su empresa aventurera en México. Esta empresa formó cierto número de años el fondo oscuro de su política y le quitó la libertad de acción, ya por los peligros militares y diplomáticos que engendró, ya por los efectos perjudiciales que produjo de rechazo sobre la opinión pública. Por esto nos parece conveniente exponer primero á grandes rasgos esta gran complicación transatlántica.

La elección de Abraham Lincoln como Presidente de los Estados Unidos, indujo al Sur de la Unión á separarse del Norte. En 8 de Febrero de 1861, se unieron siete Estados del Sur en Montgomery (Alabama) en una confederación y eligieron por presidente suyo á Jefferson Davis; los demás Estados esclavistas entraron en la confederación en cuanto no les impidió hacerlo su situación geográfica como los Estados de Maryland y Delavvare, y en 14 de Abril abrieron la guerra civil con el asedio del fuerte Sumter. Napoleón, así como la opinión pública en Inglaterra, simpatizó desde luego decididamente con los Estados del Sur, no porque le fuese simpática la institución de la esclavitud, sino porque creyó útil en el interés político de la Francia y de toda la Europa que el poder creciente y formi-

(\*) Historia del II Imperio francés y de la fundación del Reino de Italia.

dable de los Estados Unidos llegara á debilitarse por la división. El estado de guerra entre el Sur y el Norte se hizo sensible por la falta de algodón, que los Estados del Sur suministraban á la industria Francesa, cuya falta obligó á muchas fábricas á suspender sus trabajos quitando el pan á cientos de millares de obreros, por manera que el gobierno y la beneficencia individual hubieran de acudir para socorrer la miseria y como en Inglaterra produjo aquella guerra civil los mismos resultados y aún en mayor escala, fué fácil llegar á un acuerdo entre las dos potencias europeas respecto de una política común que por supuesto no era nada favorable á los Estados Unidos. En Junio de 1861, publicaron los gobiernos de Francia é Inglaterra sus declaraciones de neutralidad en esta guerra, con lo cual reconocían á los Estados del Sur el derecho de beligerantes, mientras los Estados del Norte los consideraban como rebeldes. Al mismo tiempo hicieron saber aquellos gobiernos, por supuesto con mucha prudencia, en Washington, que estaban prontos á ofrecer sus servicios, si se deseaban, para mediar entre las dos partes. Aquel gobierno, sin embargo, no quiso admitir semejante mediación, y muy al contrario Seward, ministro de Negocios extranjeros del gobierno americano, declaró con toda cortesía y decisión que las leyes de la Unión no permitían someter ninguna cuestión interior á la decisión del extranjero. A pesar de esto no renunció Napoleón á la esperanza de que el Norte se cansara muy pronto de la guerra y finalmente aceptara los servicios de mediación, en cuya opinión le afirmaron luego las ventajas que alcanzarán los Estados del Sur en el verano de 1861. En Noviembre de este mismo año un buque de guerra de la América del Norte detuvo cerca de las islas de Bahama al vapor correo inglés Freny y prendió á los dos agentes del Sur, Mason y Slidell, á quienes encontró á bordo. Este acto contrario al derecho internacional, hizo tener una ruptura entre la gran Bretaña y los Estados Unidos y como hubiera gustado mucho á Napoleón que esta ruptura se verificara hizo saber en seguida al gobierno inglés que la Francia se declaraba en este asunto decididamente á favor de la Inglaterra [1]; y si

(1) Thouvenel: *Le secret* etc., tomo II, pág. 197. Según se deduce de muchas frases de esta obra y según confirma Slidell, no estaba el ministro de Ne-